

21. MARIÁS, MAESTRO DE LA GENERACIÓN JUAN PABLO II

José Francisco Serrano Oceja *

A ningún orteguiano de pro, ni a ningún discípulo o seguidor de la filosofía de Julián Mariás, le sorprenderá que esta intervención bascule en el marco de la propuesta entre el concepto de generación y el nombre de Juan Pablo II. Desde la obra clásica *El método histórico de las generaciones* es un lugar común la idea de que «hay que distinguir ante todo entre contemporáneos –los que viven al mismo tiempo en un momento determinado, desde el viejo hasta el niño– y coetáneos –los que tiene la misma edad, es decir los que pertenecen a la misma generación–. Estos han entrado en la vida histórica cuando el mundo tenía una configuración determinada, un repertorio de problemas frente a los cuales había que tomar posición, unas figuras con las que contar. Los miembros de una generación pueden discrepar profundamente –la discrepancia sólo es honda dentro de la misma generación, es decir, al mismo nivel–, pero frente a las mismas cuestiones»⁷¹¹.

Julián Mariás, en el libro *La estructura social*, añadiría: «De otro lado, el verdadero sujeto de la historia es, como hemos visto, una sociedad; pero una sociedad intrínsecamente histórica, es decir, constituida por la presencia en un “mismo” tiempo de varios distintos; y la forma real en que esto acontece es la convivencia de varias generaciones, es decir, la contemporaneidad de los no coetáneos, unida a la existencia efectiva de la coetaneidad. Quiero decir que coexisten

*Universidad CEU-San Pablo.

711. Q. ALDEA, «Las generaciones históricas», en AA. VV., *Homenaje a Julián Mariás. Un siglo de España*. Alianza Editorial, Madrid, 2002, p. 26.

simultáneamente o son contemporáneos hombres que tiene distinta edad y, por tanto, no son coetáneos; pero que —y esto es lo decisivo— los grupos de hombres nacidos dentro de la zona de fechas— según el término orteguiano— de una generación, en el mismo presente elemental, tienen sociológica e históricamente la misma edad, son coetáneos. La generación, pues, no es sólo un intervalo de tiempo, una unidad cronológica concreta y efectiva, sino también, y esencialmente, un grupo de hombres dentro de una sociedad, uno de los personajes colectivos que conviven en cada situación, uno de los miembros de ese sujeto plural de la historia que llamamos sociedad»⁷¹².

Quienes hemos vivido la mayor parte de nuestra existencia en el catolicismo de Juan Pablo II —generación nacida inmediatamente antes o después del histórico 1968— nos hemos encontrado con una configuración determinada, un repertorio de problemas frente a los cuales hemos tenido que tomar posición, unas figuras con las que contar, de entre las que destaca por la luz intelectual, por la acreditada capacidad de configurar el ser cristiano en el mundo, el papa Juan Pablo II, de quien el 23 de marzo de 2000 escribió Julián Marías en *ABC*, en un artículo titulado *La magnitud de Juan Pablo II*:

Poco a poco, fue resultando evidente un rasgo capital, que caracteriza a ese hombre: su magnitud. Su realidad es asombrosa; apenas es creíble lo que ha hecho en un par de decenios. Lo que podemos llamar su *eficacia* apenas es creíble: gestión de la Iglesia, viajes, discursos, atracción de muchedumbres incontables, atención a la complejidad del mundo, intervención en el examen de sus problemas, escritos doctrinales de extraña profundidad. [...] Se ha pasado a lo que los matemáticos llaman “otro orden de magnitud”. Pero esta dimensión de la vida no se puede plantear en estos términos. El concepto de magnitud se puede aplicar a la figura humana de Juan Pablo II, instrumento de las transformaciones a que estamos todavía asistiendo. En mi libro *La perspectiva cristiana* he insistido mucho en la vertiente humana, histórica y social, del concepto del pléroma, la “plenitud de los tiempos”, que no podemos escrutar desde Dios, y que marcó la Encarnación y el advenimiento del cristianismo. Podemos examinar las condiciones del mundo para que se llegara a la situación que humanamente lo hizo posible, no antes, acaso tampoco después. Podemos considerar la realidad histórica y los requisitos que reclama para que algunas cosas se realicen.

712. J. MARIAS, *La estructura social*, Revista de Occidente, Madrid, 1972, p. 50.

A Julián Marías, un maestro en un mundo complejo, le interesó siempre tomar las riendas de la historia y el pulso de la vida entre las lágrimas de tinta de los periódicos y la palabra viva de las conferencias, géneros que definen un *éthos* y configuran una *forma mentis* peculiar de la sociedad del conocimiento. En su magisterio nunca faltó la enseñanza de lo que son las ocupaciones de su tiempo y la plataforma de lanzamiento hacia los horizontes de significación comprensiva de la realidad hombre y de la realidad mundo. Frente a una historia en la que crujía la dialéctica de la modernidad y de la posmodernidad, en una España que se debatía en sus criterios de inteligibilidad, inteligibilidad del hombre como historia y en la historia⁷¹³, del hombre biografía, en un pensamiento que hacía tiempo había dictado la muerte de Dios y se encontraba con la muerte del hombre —cultura de la muerte, la definió Juan Pablo II—, Julián Marías era bálsamo de razón para quienes habían recibido la herencia de una fe vivida culturalmente y necesitaban una fe sentida vitalmente. Con Julián Marías era muy difícil desdeñar intelectualmente y socialmente el cristianismo⁷¹⁴.

Una de las aportaciones principales de nuestro filósofo a la configuración de la generación Juan Pablo II ha sido la de facilitar la comprensión de los procesos de integración vital de una fe vivida culturalmente a una fe sentida vitalmente, integrada en la existencia, y permeable a toda realidad cotidiana. Julián Marías ha contribuido a establecer los muros de contención de la fe para que no se vieran inundados o arrasados por la ideologización de la fe o la mitificación de la fe o, incluso la secularización de la fe. La lectura de sus artículos, la lectura de sus libros, nos ha despertado del sueño de la ideación de la fe y del cristianismo para acercarnos a la realidad. Escribiría: «El cristianismo es primariamente una religión, y me parecen indebidas sus utilizaciones para otros fines, que pueden ser valiosos y estimables, pero no son sino algo subordinado. Hay, sin embargo, otro

713. Siempre me ha apasionado un libro de Julián Marías especialmente interesante en este momento, *España inteligible*. Lo lei nada más salir a las librerías, y tengo subrayado un párrafo que dice: «De hecho, ha sido la religión cristiana la que ha hecho participar a millones de hombres, durante casi dos milenios, de esa visión de lo real, y en particular de la humana, en que va incluida la interpretación más honda del pensamiento creador de Occidente», en J. MARIAS, *España inteligible. Razón histórica de las Españas*, Alianza Editorial, Madrid, 1985, p. 419.

714. Recordemos aquí lo que decía de su maestro Zubiri: «Yo tenía la convicción de que Zubiri era una mente extraordinaria, con un saber enorme —creo que excesivo—, con un provenir filosófico ilimitado. Hay que agregar que era —yo diría sobre todo— teólogo, hombre de fe muy honda y viva: nadie que lo conociera podía desdeñar intelectualmente el cristianismo. Esto fue acaso lo más importante de su labor y de la huella que dejó en nosotros», en J. MARIAS, *Una vida presente. Memorias*, Páginas de Espuma, Madrid, 2008, p. 86.

aspecto de la cuestión, que me parece del mayor interés. El cristianismo lleva consigo una visión de la realidad, enteramente original y que se añade a su contenido religioso, del cual emerge y que no se reduce a él. El hombre cristiano, por serlo, atiende a ciertos aspectos de lo real, establece entre ellos una jerarquía, descubre problemas y acaso evidencias que de otro modo le serían ajenos. Esto es lo que llamo la perspectiva cristiana»⁷¹⁵.

La historia de la modernidad es también, por qué no decirlo, la historia de las deformaciones sobre la realidad del cristianismo. La pregunta que latía en las más acrecentadas elaboraciones teológicas de los siglos cercanos es la pregunta por la esencia del cristianismo. ¿Cuál es el núcleo de la cuestión? ¿Cuál es el marco de aportación significativa de Julián Marías a la conciencia cristiana contemporánea? Mi modo de ver plantea sin complejos la actualidad de la pregunta por la fe y de la pregunta por la razón en la perspectiva del hombre circunstanciado. En las Montañas Rocosas, allá por el año 1978, escribió Marías: «El núcleo de la cuestión es, a mi juicio, que el cristianismo tiende a no funcionar primariamente como religión, sino como otras cosas que “también” es (o puede ser): moral, ideología, interpretación de la realidad, principio de convivencia, fundamento de una sociedad, instrumento de poder... Con enorme frecuencia se pierde la perspectiva justa de la fe. Por supuesto, no se la descarta; solamente se la desvirtúa. Se mantiene una creencia “nominal” en Dios, sin detenerse en Él, sin “impleción”, podríamos decir. Se lo toma como “punto de partida” para ir a otras cosas, que son las que de verdad interesan»⁷¹⁶.

No debemos olvidarnos que nos encontramos en un contexto, Benedicto XVI lo sabe muy bien y nos lo ha mostrado y demostrado con su respuesta a la no poca tensión cultural, en el que el diagnóstico que se hace del cristianismo se ha dilucidado a partir de lo afirmado en aquel párrafo de una carta de Dostoievski, escrita en 1854: «Si alguien me demostrase que Cristo está fuera de la verdad y si realmente la verdad estuviese fuera de Cristo, yo desearía permanecer más bien con Cristo que con la verdad». Romano Guardini tachó de «desagradable frase» esa última afirmación del literato eslavo. Pero, querámoslo o no, lo que no pocos epígonos de nuestra cultura, y de la sociedad, y si me apuran de la Iglesia, plantean es la dialéctica falsa, el sofisma, el engaño, la trampa, de «Cristo o la verdad» y los derivados familiares que de ahí

715. J. MARÍAS, *La perspectiva cristiana*, Alianza Editorial, Madrid, 1999, p. 10.

716. J. MARÍAS, *Problemas del cristianismo*, BAC, Madrid, 1982, p. 4.

se pueden deducir. Un postestructuralista, defensor de un cristianismo sin trascendencia, posmoderno, G. Vattimo, creyó encontrar, en el capítulo 7 de *Los endemoniados* de Dostoievski, la legitimación para proponer al pensamiento cristiano esa deslegitimación tan cercana a la gnosis religiosa contemporánea.

El cristianismo o la verdad, Cristo o la verdad es la falsa dialéctica que la cultura contemporánea ha inculcado en la mente de no pocos de los que creen que el siglo presente será religioso o no será. Ese nuevo maniqueísmo, y esa forma de moralismo que identifica el cristianismo con una idea, una sola concepción ética, es uno de los sibilinos engaños de nuestro tiempo. No conviene que olvidemos, y no por repetida deja de ser menos verdad, aquella frase de Pascal: «Pero no se puede conocer a Jesucristo sin conocer al mismo tiempo a Dios y a la propia miseria... Sin Jesucristo, el mundo no subsistiría; porque, o debería ser destruido, o llegaría a ser como un infierno». La pregunta de Julián Marías ha sido también la pregunta por la esencia del cristianismo, por su naturaleza; Feuerbach, Troeltsch, Semler y Harnack, Guardini, Ratzinger, entre otros, nos sorprenden con la fascinante presentación de un Evangelio que nos sabe a nuevo, pura elocuencia.

Hay dos aspectos del acercamiento, de la fascinación por la realidad del cristianismo, en los que se puede decir que nos ha acompañado don Julián Marías significativamente: la novedad del cristianismo en la Historia y como historia y la forma de enfrentarnos a la hostilidad al cristianismo que está presente en la historia.

A la novedad cristiana la denominó innovación radical del cristianismo que consistía, a partir de la inserción de Dios en la historia, en un programa de plenitud de la revelación (revelación-desvelación) y una nueva visión de Dios y del hombre y de las relaciones entre ambos. «La religión —escribió Marías— tiene una esencial afinidad con la filosofía; ambas son dos formas de radicalidad»⁷¹⁷.

El acercamiento a la cuestión de la existencia de Dios, desde el pensamiento de nuestro autor, no puede desligarse del peso de la historia por esa pregunta, ni de san Anselmo, ni del insensato del salmo 13. Pero tampoco de la problemática del reduccionismo; el reduccionismo contra el que nuestro autor propuso una razón amplia, abierta, es el reduccionismo no sobre el hombre sino el reduccionismo sobre Dios. Julián Marías desarrolló un marco de elaboración de la razón cristiana, que siempre es razón de esperanza, en ruptura con

717. J. MARIAS, *Razón de la filosofía*, Alianza Editorial, Madrid, 1993, p. 284.

el reduccionismo planteado en su tiempo sobre Dios, Jesucristo, la historicidad de la propuesta cristiana, y la Iglesia.

Su expresión de la novedad cristiana superó con mucho los «balances negativos de lo real» tan propios de la historia del cristianismo reciente. No debemos olvidar que «desde que el cristianismo ha pasado por el hombre —esto es, por amplias porciones de la humanidad—, el hombre se ve —o al menos puede verse, y con ello basta— de una manera nueva»⁷¹⁸. Su expresión de la novedad cristiana arranca como una prefilosofía. «Si nos colocamos ahora, escribió en 1978, en una perspectiva filosófica el contenido de la fe, es decir, la situación del cristiano, se presenta como una prefilosofía. El planteamiento habitual de la cuestión consiste en examinar los caracteres de esa filosofía “cristiana” como tal filosofía; es decir, buscar la peculiaridad de ella como forma particular de doctrina filosófica entre otras. Pero creo que hay una cuestión más honda e interesante: cuál es el verdadero contenido de esa situación; en otros términos, en qué consiste propiamente la innovación cristiana»⁷¹⁹.

El cristianismo está en una situación extraña que consiste, nos dirá el maestro, en ser cristiano. Ser cristiano enloquece al hombre griego y al hombre romano. Ser cristiano es una forma de ser personal que rompe con las convenciones y que, amén de definirse como un absurdo histórico, se transforma en escándalo, en diferenciación. Otra cuestión será que nos hayamos acostumbrado a ser cristianos. Y ese acostumbramiento nos impide entender la novedad radical del cristianismo y del ser cristiano en lo personal. Con la presencia histórica de la palabra cristiana, del Evangelio, no se da una ruptura definitiva con el pasado de las formas de ser personales, de entenderse el hombre, de comprenderse, de establecer los principios de la relación. Ni mucho menos. La radical novedad de la instalación de la condición cristiana es generativa de lenguajes, de formas de expresión, y de realidades históricas, personales e institucionales. Julián Marías, aquí, nos enseñó que la instalación de la condición cristiana, si es verdadera, es siempre esperanzada y creativa. No olvidemos sus palabras previas sobre la raíz en la situación vital determinada por la condición cristiana. «Para un cristiano no se trata ya de que haya realidades manifiestas, aparentes, y una realidad más profunda, latente, que verdaderamente es y puede explicar esas apariencias. No, la cosa es incomparablemente más profunda y radical. Es que

718. *Ibidem.* p. 136.

719. J. MARIAS, *Problemas del cristianismo*, obra citada, p. 145.

lo que llama realidad el griego, absolutamente todo, es una realidad secundaria. El mundo, con todo lo que encierra, es una realidad secundaria, derivada, recibida: una realidad creada»⁷²⁰.

Pero volvamos a lo nuclear de la condición cristiana, que es la pregunta por Dios, por la condición de Dios. La respuesta es el amor, pero ojo, «no es que el Amor sea un dios; esto le hubiera parecido bien a un griego, y lo hubiera denominado con un nombre propio: Eros. Platón diría que no es propiamente un dios, sino más bien un “intermedio” (*metaxy*) entre el hombre y el dios, porque busca algo que le falta, concretamente la belleza [...]. El cristianismo no dice nada semejante. No es que haya un dios que es el Amor, es que Dios es amor, que la realidad de Dios consiste en amor. Imagínese el tremendo choque que esto significa para una mente antigua: ni siquiera entiende de qué se trata»⁷²¹.

No puedo por menos, a estas alturas, dar un salto en el tiempo, pese a la total cercanía en las ideas, y poner sobre la mesa la primera encíclica de Benedicto XVI, *Deus caritas est*, con la que ha inaugurado su pontificado, y en la que leemos: «Hemos encontrado, pues, una primera respuesta, todavía más bien genérica, a las dos preguntas formuladas antes: en el fondo, el “amor” es una única realidad, si bien con diversas dimensiones; según los casos, una u otra puede destacar más. Pero cuando las dos dimensiones se separan completamente una de otra, se produce una caricatura o, en todo caso, una forma mermada del amor. También hemos visto sintéticamente que la fe bíblica no construye un mundo paralelo o contrapuesto al fenómeno humano originario del amor, sino que asume a todo el hombre, interviniendo en su búsqueda de amor para purificarla, abriéndole al mismo tiempo nuevas dimensiones. Esta novedad de la fe bíblica se manifiesta sobre todo en dos puntos que merecen ser subrayados: la imagen de Dios y la imagen del hombre»⁷²².

Existe una hostilidad social hacia el cristianismo. ¿Pero hacia qué aspecto, dimensión o realidad del cristianismo? No se trata tanto ahora ya de incomprensión, como ocurrió en los primeros tiempos. Quizá tampoco de desprecio hacia las gentes sin importancia social y sin prestigio de otrora. La principal hostilidad quizá sea hacia lo que Julián Marias denominó el cristianismo como tal, «comprendido», por lo que realmente significa. Es el rechazo a la idea del Dios personal,

720. Ibidem. p. 154.

721. Ibidem. p. 150.

722. BENEDICTO XVI. *Carta Encíclica «Deus caritas est»*, BAC, Madrid, 2006, p. 26.

creador, amoroso; y es el rechazo a la idea del hombre libre, responsable, perdurable; a la vida irreductible. Existiría una hostilidad de quienes no pueden soportar la condición cristiana. Y otra secundaria de quienes manifiestan su repulsa hacia la institución eclesiástica.

Considero que la hostilidad principal hacia el cristianismo, hacia la que tenemos que dar respuesta en nuestro tiempo, es la «voluntad de degradación de la idea de hombre», una voluntad de degradación de la idea de Dios, de Cristo y de la Iglesia, hoy presente en una cultura no alejada de las nuevas fobias paganizantes no separadas de una tentación totalitaria. Julián Marías nos enseñó que la pretensión que a lo largo de la historia se ha dado de reducir al hombre a lo no propiamente humano ha ido acompañada de un extraño deseo de aniquilación, de voluntad de extirpar la esperanza, tema de la segunda encíclica de Benedicto XVI. La generación Juan Pablo II ha aprendido de Julián Marías una nueva forma de esperanza que radica en la sorpresa hacia lo que sería admirable: la condición cristiana.

Aún recuerdo el día en que siendo estudiante de la Universidad Pontificia de Salamanca, y ya incipiente periodista, se celebró la ceremonia de doctorado honoris causa conjunto a Julián Marías y a Pedro Laín Entralgo. Aún recuerdo las palabras de Olegario González de Cardedal cuando señaló: «Con esta anécdota personal, elevada a categoría, he querido significar la memoria y agradecimiento de todos los que en la Iglesia y en la Teología hemos aprendido con la ayuda del magisterio intelectual de Julián Marías a pensar mejor la fe, a la altura del tiempo histórico, en conjunción de pensamientos y creencias, de radicalidades y fidelidades, de memorias y esperanzas. Al conferirle el doctorado proclamamos lo que le debemos, ya que agradecimiento es reconocer y devolver con alabanza la gracia recibida»⁷²³.

723. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, «Laudatio Académica», en UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA, *doctorado honoris causa Dr. Pedro Laín Entralgo. Dr. Julián Marías Aguilera*, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca, 1986, p. 41.